

Ron Wood

# Ron Wood

Memorias de un Rolling Stone

Ron Wood

# Ron Wood

Memorias de un Rolling Stone

Traducción de José Serra

**GLOBAL***rhythm*

TÍTULO ORIGINAL  
*RONNIE*

Publicado por:  
Global Rhythm Press, S. L.

C/ Bruc 63, Pral. 2ª – 08009 Barcelona  
Tel.: 93 272 08 50 – Fax: 93 488 04 45

Publicado en Reino Unido por Macmillan,  
Pan Macmillan Ltd., en 2007

Copyright 2007 de Ronnie Wood

Copyright 2008 de la traducción de José Serra

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:  
Global Rhythm Press, S. L.

ISBN: 978-84-96879-33-1

DEPÓSITO LEGAL: B-47697-2008

Ilustración de la cubierta GUIM TIÓ y CONRAD ROSET  
Diseño gráfico PFP (Quim Pintó, Montse Fabregat)  
Preimpresión LOZANO FAISANO, S. L.  
Impresión y encuadernación SAGRÀFIC

Primera edición en Global Rhythm Press: noviembre de 2008

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,  
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización  
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total  
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o  
electrónico, actual o futuro –incluyendo las fotocopias y la difusión  
a través de Internet– y la distribución de ejemplares de esta  
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

*El yate de tu padre*



*Paddington Basin: mamá, papá, el abuelo Fred Dyer, el tío Bill, la abuela Leah con la tía Mary en brazos y varios vecinos.*



*Art, Ronnie, Laurence (detrás) y Ted (1956).*

*Dedicado a los seres queridos que ya no están:  
mamá, papá, Ted y Art*

*Gracias a  
Jack Macdonald y Jeffrey Robinson,  
que me ayudaron a escribir este libro.*

*Gracias también a  
Sally y Geraint Humphries,  
a toda mi familia y muy en especial a  
Jo por su incansable apoyo y amor.*

## SUMARIO

Prólogo .....	13
1. El yate de tu padre .....	15
2. Semillas .....	37
3. En escena .....	43
4. Aprendizaje .....	63
5. Chuch .....	77
6. Faces .....	81
7. Vida londinense .....	91
8. Rainbow .....	103
9. Cancela todo .....	107
10. Plataforma .....	115
11. Josephine .....	141
12. Vida en Los Ángeles .....	157
13. Pérdida .....	163
14. Contribuciones .....	173
15. Barbaridad .....	179
16. Evasiones .....	185
17. Augurio .....	193
18. Grilletes .....	199
19. Malas compañías .....	209
20. Enlazados .....	221
21. Nubarrones .....	229
22. Acoplamiento .....	233
23. Orgullo .....	237
24. Pistoleros .....	243
25. Viraje .....	249

26.	Frenos . . . . .	253
27.	Estallido . . . . .	259
28.	Irlanda . . . . .	267
29.	Del vudú a Babilonia . . . . .	279
30.	Lo bueno y lo malo . . . . .	285
31.	Rehabilitación . . . . .	293
32.	Drury Lane . . . . .	303
33.	Bang . . . . .	311
34.	¿Dónde ha acabado ese chico? . . . . .	337

## PRÓLOGO

**E**ra el año 1964. Los Rolling Stones tocaban en el Festival de Richmond. La fuerza visceral de su música me apresó entonces para no soltarme jamás. Los Stones fueron mi cebo y yo mordí el anzuelo.

La gran carpa del festival estaba completamente hechizada por la fuerza de aquel ritmo imparabile y primigenio. Todos en aquella multitud conocían la música. Muchos eran coleccionistas de discos. Las mujeres eran de una calidad insuperable: desenvueltas, sensuales, tentadoras. Al salir me di un golpetazo en la pierna contra uno de los postes de la carpa, pero ni me enteré. Estaba totalmente conmocionado y sabía que yo podría tocar con aquellos muchachos.

2005: contemplando desde el balcón del hotel a los millones de personas que esperaban el inicio de nuestra actuación en el macroconcierto de Río, me di cuenta de lo lejos que habíamos llegado. La expectación y la adrenalina se habían acumulado hasta lo explosivo cuando pisamos el madero en la playa de Copacabana. Caminando por la pasarela que comunicaba directamente el hotel con el escenario, sentí una exaltación que no se puede alcanzar con ninguna droga. Mientras nos deseábamos buena suerte unos a otros antes de irrumpir en escena, Keith dijo: «La jaula se ha abierto».

Allí estaba: pasadas más de tres décadas desde mi primer atisbo de los Stones en aquel festival de blues, me pedían que relatara la historia de mi vida. La idea me asustaba, pero me armé de valor y decidí que lo haría dibujando todas las casas en las que había vivido durante los últimos sesenta años. Dibujaría y describiría cada lugar, presentaría a la gente, los sitios y las cosas con los que me había ido topando a lo largo de mi vida

RON WOOD

por el camino de la música y el arte. Me gustaría conducirlos a través de esos lugares y hablaros de toda esa gente.

Escrito con tinta gitana...

*Ron Wood*



## EL YATE DE TU PADRE

MI historia empieza donde empiezan los dibujos. Mis hermanos y yo fuimos los primeros miembros de la familia nacidos en tierra firme; mi madre y mi padre habían venido al mundo en las barcasas del Paddington Basin, al oeste de Londres. Como mis abuelos y bisabuelos, pertenecían al grupo de los «gitanos acuáticos» que trabajaban y vivían en las aguas del Támesis. Mi padre se llamaba Arthur, aunque era más conocido como Archie. La barcaza de su familia era la *Antelope*. Mi madre se llamaba Mercy Leah Elizabeth, pero todo el mundo la llamaba Lizzie. La barcaza de su familia era la *Orient*.

Y aquí estoy yo, fuera del agua en una diminuta y cálida vivienda municipal, escuchando desde la cama los sonidos del lugar. Una pareja de ancianos discute mientras camina bajo mi ventana. La ciudad es Yiewsley, y la casa el número 8 de la avenida Whitethorn. Yiewsley era un lugar muy tranquilo por las noches porque no pasaban muchos coches y después de las diez y media todo estaba cerrado. Durante los fines de semana, las fiestas en el número 8 animaban la noche, pero entre semana, mientras estaba acurrucado en la cama, el único ruido se producía a las once cuando Belle y su marido George volvían a casa desde el Red Cow. Belle era alta y vieja, George era bajo y aún más viejo. Caminaban por la avenida Whitethorn, a unos veinte metros de distancia el uno del otro, peleando a voz en grito.

Ella le chillaba: «No te atrevas a hablarme de ese modo», y yo, tumbado en la cama, pensaba: ahí está Belle. Al cabo de un minuto, George, que iba delante, gritaba: «Cierra el pico, vaca vieja», y yo me decía: ahí está George. Con ellos podías poner el reloj en hora.

Después de cenar, a mi familia le encantaba reunirse alrededor de la radio para escuchar las comedias radiofónicas. Aquellas escenas de nuestra

vida real parecían una prolongación de los episodios que se escuchaban en programas como *Take It From Here* de Jimmy Edwards o *The Goons y Life with the Lyons* de Frankie Howerd.

El número 8 de la avenida Whitethorn fue el primer hogar en tierra firme para mis padres, y para mí el centro del universo durante los primeros quince años de mi vida. Nuestra vivienda municipal era una casa de dos plantas con dos habitaciones en cada una más un minúsculo desván en lo alto de la escalera. Allí apenas cabía una cama pequeña, y todo el mundo en la manzana se refería a ese cuarto como «la caja». Cuando yo era pequeño, mis hermanos Art y Ted compartían una habitación, mis padres tenían la suya y yo dormía en la caja.

Todo lo que sabía del mundo estaba en las viviendas municipales de Yiewsley, a la sombra del aeropuerto de Heathrow, y toda la gente que conocía vivía a tiro de piedra de la avenida Whitethorn. La mayor parte de mis tías, tíos y primos también vivía allí cerca, así que estaba rodeado por la familia. En la de mi padre eran once hermanos, y en la de mi madre, ocho. Las fábricas de ladrillos estaban cerca, y la mayoría de la gente de la zona tenía a algún pariente trabajando en ellas, o (como era el caso de mi padre y de mis abuelos) en el canal Grand Union que atravesaba Yiewsley. Todos lo llamábamos «el tajo» porque así fue como lo bautizaron los obreros irlandeses que habían cavado el terreno para construirlo.

El abuelo Sylvester Wood trabajaba en las barcas. Era un hombre menudo que vestía como un dandi a la manera de los gánsteres de Chicago: sombrero de fieltro, chaleco, reloj con cadena y clavel en el ojal. Su remolcador era el *Fastnet*, y cada día arrastraba cinco o seis barcasas de arena y grava desde Yiewsley a Londres para la industria de la construcción. Mi tía Phoebe era una de sus mujeres... lo digo porque hace poco me enteré de que tenía varias. Mi tío Fred, hermano de mi madre, me contó que a Sylvester le gustaba «ir un poco de aquí para allá», y que tenía una segunda familia canal arriba en Stratford-upon-Avon, y posiblemente una tercera en Manchester...

*La felicidad consiste en tener una familia grande, solícita y unida en otra ciudad.*

GEORGE BURNS

Sólo conservo vagos recuerdos de Sylvester y Phoebe, pero conocí bien a mi abuelo Fred Dyer y a mi tía Leah. Ella era la mayor de las

señoritas salidas de las barcasas, y no sabía leer ni escribir. Murió cuando yo era chico, pero el abuelo Fred vivió hasta una edad avanzada. Hacia el final de su vida tuvieron que cortarle una pierna, y con su pata de palo me recordaba a un pirata. Todavía puedo verlo junto a la entrada del número 101 de la avenida Yew saludando a la gente que pasaba con varios puros y una botella de ron asomados a los bolsillos de su mandil. Yo era un niño muy menudo, lo bastante a ojos de Fred para ser tratado como una niña, así que me asignó el saludo de «hola, Ronda».

Mi madre, una de las mayores de sus siete hijas, se crió en el remolcador *Orient*, que estaba atracado frente al hospital St. Mary, y, como todos nosotros, siempre vistió ropas heredadas. Sus pies estaban deformados por zapatos que no le iban bien, y tenía que caminar durante kilómetros junto a la tía Leah para llevarnos y traernos de la escuela llevando a los más pequeños en una carretilla. Mi madre era diminuta, como su madre, poco más de metro y medio. Recuerdo que una vez alguien le dijo: «Señora Wood, póngase de pie», y ella respondió: «Ya estoy de pie».

En fin... Mis abuelos coincidieron con mi padre cuando trabajaban en el mismo barco. Así fue como acabaron conociéndose mis padres. Una noche mi madre acompañó a la tía Leah al pub Nag's Head, que estaba a unos minutos de nuestra casa. Liz entró cuando Archie estaba por allí de juerga y tocando su armónica. Mi padre me dijo que, en cuanto la vio, se dijo: «Ésa es para mí». Acababa de ganar la rifa del pub, que por entonces era una cesta con comida y bebida, e inmediatamente decidió que el premio sería para ella. La frase «has ganado el jamón» fue su manera de entablar conversación.

Mi hermano Arthur nació en 1937, y mi hermano Ted dos años más tarde. Yo llegué al mundo el 1 de junio de 1947, un año que se recordará por los numerosos avistamientos de ovnis, por la recesión de la posguerra y por el invierno más frío jamás registrado. Espero que mi nacimiento ayudara a caldear un poco el ambiente.

Yo era un niño hiperactivo, y mamá tenía miedo de que me escapara de la cocina y saliera rodando escaleras abajo por la puerta de atrás, así que me amarraba a la pata de la mesa. Era tan pequeño que podía ponerme sobre la tabla de lavar y bañarme en el fregadero.

A medida que crecía, empecé a idolatrar a mis hermanos y a intentar imitar todo lo que hacían. La mayoría de las veces, como era tan pequeño, lo único que lograba era sacarlos completamente de quicio. Mientras Art y Ted hacían sus deberes sentados a la mesa, yo me ponía de rodillas

sobre una silla con lápiz y papel para imitarlos, pero lo único que conseguía era distraerlos. Art y Ted coleccionaban huevos de pájaro, y a mis tres años me pareció de lo más divertido machacarlos con un martillo. Ellos se quejaron a mamá: «Ese renacuajo que trajiste ha destrozado nuestros huevos. ¿Por qué lo has traído?». Un día tiré por el retrete todas sus capas doradas y le dije a mamá que las había liberado. Ellos, nada contentos con lo ocurrido, no entendieron que ésa era mi manera de contraatacar. Después de aquel episodio se pasaban todo el tiempo intentando aterrorizarme. Meterme miedo a la primera oportunidad era lo que más les divertía. Aquello me tenía totalmente alterado y nervioso. No podía soportar aquel estado continuo de pánico, e incluso empecé a tartamudear. Pero, por suerte, la cosa no duró demasiado.

Había dos primas que vivían cerca: Beryl y Rita. Las dos tenían cuatro años más que yo y se pasaban mucho tiempo en nuestra casa. También disfrutaban asustándome. Fingían que eran arañas o monstruos y me despertaban de golpe o me perseguían por toda la casa mientras yo corría para salvar la vida gritando a todo pulmón. Beryl también se dedicaba a bañarme. Cuando acababa de bañar y cepillar el pelo a sus muñecas, empezaba a experimentar conmigo.

Cuando comencé a ir al colegio, teníamos un viejo pastor inglés llamado Chum: era tan grande que podía ir montado en su lomo hasta el St. Martin, a unas manzanas de casa. Chum era muy especial porque, a diferencia de los otros perros, controlaba la hora. Todas las tardes, a las tres y cuarto, Chum salía de casa, bajaba por High Street y me esperaba a la puerta del colegio. Hacia el final de su vida, cuando ya era muy viejo, caminaba tambaleándose hasta el colegio para recogerme, pero generalmente acababa tendido en mitad de la calzada. Los coches se veían obligados a parar porque Chum estaba allí tumbado esperando a su pasajero, y alguien tenía que salir de alguna tienda para sacarlo del paso de cebra.

Tras la muerte de Chum tuvimos otros perros: un labrador negro llamado Buster y un perro mestizo llamado Kim, al que hubo que sacrificar porque mordía a todo el mundo en el barrio. Cuando pregunté dónde estaba Kim, mi padre me dijo que lo había llevado a una granja. Yo sabía que no era cierto.

Art y Ted tuvieron nuevas mascotas, dos ratones llamados Rayo y Trueno, y yo unos cuantos galápagos. Alrededor de la casa había siempre un montón de botellas vacías de Guinness, así que construí un campamento para mis pequeños amigos junto al refugio antiaéreo. Un buen día,

COUNTY COUNCIL OF MIDDLESEX EDUCATION COMMITTEE.  
ST. MARTIN'S CHURCH OF ENGLAND SECONDARY SCHOOL,  
WEST DRAYTON.

SCHOOL REPORT.

Pupil's Name Ronald Wood ..... July 1959  
Year 1<sup>st</sup> ..... Form 1B ..... Average age of Form 12<sup>4</sup>/<sub>11</sub> ..... Position in Form 11  
..... No in Roll 37

GRADING: A. - VERY GOOD. B. - GOOD. C. - SATISFACTORY. D. - WEAK. E. - VERY WEAK.

SUBJECT.	GRADING.	FORM POSITION ON YEAR RESULT.	REMARKS.
RELIGIOUS EDUCATION.	C	17	Shows interest. N.J.B.
ENGLISH COMPOSITION.	B+	6	} Ronald has done a good year's work. A diligent pupil. <u>aw. 2.0</u>
COMPOSITION.	A	3	
LITERATURE.	B+	7	
READING & SPEECH.	B	15	
MATHEMATICS.	C	14	Works well. N.J.B.
SCIENCE.	B	7/11	A good year's work. H.N.J.
MUSIC (THEORY).	C	16	Satisfactory progress. <u>DR</u>
HISTORY.	D-	25 <sup>th</sup>	Met but inadequate examination paper. Serious lack of knowledge. <u>Disappointing</u> <u>AW</u>
GEOGRAPHY.	B	12	Satisfactory work. <u>AWT</u>
DOMESTIC SCIENCE (THEORY)			
Citizenship	C	18	Has done fairly well. <u>AW</u>
PRACTICAL SUBJECTS (ASSESSED ON YEAR'S WORK)			
DOMESTIC SCIENCE.			
WOODWORK.	C	—	With more concentration he will improve. <u>AW</u>
ART & CRAFTS.	A	1	Very advanced in this subject. <u>ES</u>
TEXTILEWORK.			

Conduct: Fair Punctuality: Fairly good

Form Teacher's Remarks: I hope Ronald will be able to take Art and English for the C.C.E. His work in the Art Room is outstanding.

Headmaster's Remarks: Ronald's work and achievement would be even more pleasing if he took School a little more seriously. His ability is being spoilt by his L.F. Rensey tendency. He is a thoroughly well-mannered (Headmaster) and pleasant lad. I am pleased to see his ability at Art.

Calificaciones escolares (julio de 1959).

Art y Ted decidieron que los galápagos debían darse una vueltecita, de modo que los dejaron salir del fortín de botellas y contemplaron cómo se escapaban por la verja. Tal vez fuera su venganza por haber machacado sus huevos y haber tirado sus peces por el retrete. Art y Ted también me inmovilizaban contra el suelo, se inclinaban sobre mí, dejaban gotear un escupitajo sobre mi cara y, cuando estaba a punto de alcanzarme, lo sorbían. Todo aquello formaba parte de sus torturas juveniles.

En aquellos días, Inglaterra era un lugar lleno de mugre, polvo, suciedad y olor a borrachera. Resultó que uno de nuestros vecinos tenía la casa más asquerosa de Yiewsley, tal vez de todo el sur de Inglaterra, y yo pensaba que era algo estupendo colarme en su cocina, agenciarme algo de comida y zampármela debajo de la mesa. Todos se preguntaban cómo podía sobrevivir llenándome el estómago con aquella bazofia.

Por las noches oía ruidos en la habitación de mis padres, unos sonidos que no sabía identificar, y pensaba que se estaban peleando. Yo salía de mi caja, me metía en la cama entre ellos y empezaba a golpear a mi padre diciendo: «¡Deja de pegar a mi mamá!». Debía de ser una pesadilla para ellos que yo entrara en su habitación mientras estaban en plena faena. Pero entonces yo estaba en la inopia.

Todo lo que necesitábamos estaba allí: nuestra escuela, nuestras tiendas y nuestra familia. En la actualidad, Yiewsley está más desarrollado a causa del aeropuerto, pero por entonces no era más que un pueblo pequeño. Todos conocían los asuntos de todos, todo el mundo se preocupaba por los demás, había conciencia vecinal y las rencillas nunca duraban mucho. La mayoría de las familias tenían un refugio antiaéreo en el patio de atrás (papá dejó nuestro refugio Anderson dentro de la casa hasta que la cosa se puso «seria»), pero Dios sonrió a Yiewsley durante la guerra. Aunque los bombarderos alemanes sobrevolaron el lugar, pocos dieron en el blanco. En una ocasión un pub estalló por los aires, pero nadie resultó muerto. Una noche, una bomba cayó cerca del pub Hut. Mi madre sintió cómo Ted se ponía rígido entre sus brazos mientras el traqueteo de la onda expansiva recorría todo el pueblo. Algunas ventanas de la calle de la abuela saltaron hechas añicos, y ella se dedicó a ir calle arriba y abajo diciendo a todos los vecinos del lugar: «No paguéis el alquiler hasta que nos arreglen esto». Esa noche en concreto, mi padre iba camino del Nag cuando las sirenas empezaron a sonar y las bombas a caer. Saltó dentro del cubo de basura más cercano, se cubrió con la tapa y esperó a que pasara todo.

Yiewsley salió relativamente bien parado, pero el lugar de trabajo de mi madre en la cercana población de Hayes (la fábrica principal de la EMI) fue arrasado uno de los raros días en que ella libraba. Fueron tiempos duros. Recuerdo incluso que cuando yo era chico alguna gente todavía no tenía tapas en los retretes porque las habían quemado durante la guerra para calentarse. Mi madre recuerda haber guardado cola a menudo durante toda una tarde para conseguir sólo dos onzas de azúcar, un plátano y un huevo con los que volvía corriendo a casa para malcriarnos.

Una explanada al final de la avenida Whitethorn era el lugar donde todos los habitantes del municipio celebraban las grandes fiestas. Allí se conmemoraban las victorias sobre Alemania y Japón, y allí fui a celebrar la coronación de la reina. Recuerdo aquella gran fiesta porque todo el vecindario llevó comida, había música y fue la primera vez que comí helado, gelatina y pudín de leche con sabor a almendras.

En la escuela todos teníamos que ir a la iglesia. La misa del domingo en St. Matthew me resultaba claustrofóbica, y detestaba el olor a rancio del lugar. Odiaba tener que estar allí sin moverme, y no podía esperarse de mí que permaneciera mucho tiempo sentado correctamente y en silencio. Una vez, para comunicar lo que pensaba acerca de la iglesia, vomité. Esa mañana empecé a sentir unas náuseas cada vez más fuertes y, como sabía lo que acabaría pasando, intenté coger mi gorra. Pero no llegué a tiempo, y el vómito alcanzó a los feligreses situados tres filas por delante.

No hace mucho, Art, que nunca tira nada, encontró mi viejo libro de estampas eclesiásticas. No había vuelto a verlo desde hacía cuarenta y cinco años. Siempre que iba a la escuela los domingos me daban una estampa con la imagen de un santo o una escena celestial tipo El Greco para ponerla en el libro. Estoy seguro de que me encantaba mirar aquellas estampas porque eran como pequeñas pinturas al óleo.

Cuando crecí un poco y superé mi desconfianza hacia ella, empecé a pensar también en mi prima Rita como en una pintura al óleo. Estábamos muy unidos. Su madre me cantaba hermosas y reconfortantes canciones para dormirme, y su padre, Harry el Loco (o el Venado, como solíamos llamarlo), nos tenía aterrados a los niños. Trabajaba manejando el atrezo en unos estudios cinematográficos. Más que aterrador era... bueno, extraño. Solía entrar por la puerta trasera de la casa para caminar luego hasta la entrada principal, a veces sin decir una palabra. Ahí va Harry. En otras ocasiones llegaba hasta la puerta de atrás, silbaba una pequeña tonada, bailaba un poco y se marchaba. Ahí va de nuevo Harry.

A veces, cuando Rita y yo estábamos solos, cortábamos trozos del *Daily Mirror*, los enrollábamos a modo de cigarrillos, los encendíamos en la chimenea y dábamos caladas fingiendo fumar. Cuando las fiestas en el número 8 empezaban a animarse, nos decían que nos fuéramos a la cama y nosotros nos quedábamos en lo alto de la escalera escuchando la música. Luego, tan pronto como podíamos, nos escabullíamos escaleras abajo, nos metíamos debajo de la mesa y nos escondíamos tapados por el mantel. Si quedaba un culillo de Guinness en algún vaso sobre la mesa, lo cogíamos. Cuando nos descubrían allí debajo, nos obligaban a subir y, al final, acababa en la cama con Rita. Yo debía de tener unos diez años, así que ella tendría unos catorce. Me gustaba mucho, desprendía un agradable calor y a mis ojos era una auténtica belleza. No podía refrenar mi curiosidad. Yo había oído la expresión «hacerlo», y cuando nos acurrucábamos en la cama le decía: «Quiero hacer uno», y Rita respondía: «No vas a hacer ninguno...», y yo intentaba convencerla, siempre sin éxito, hasta que nos quedábamos dormidos.

Así que, en aquellas noches en que nos mandaban a los dos a la cama, esperaba con ansia a que ella se levantara para ir al baño. Era el momento más excitante de todos, cuando yo la espiaba. Pensaba que aquél era mi secreto, pero hace poco me ha contado que siempre lo supo. Lo cierto es que nos divertimos mucho e hicimos muchas travesuras.

Las imágenes más vívidas que tengo de mi infancia son todas felices. Son imágenes de fiestas, montones y montones de fiestas, y de música sonando constantemente por todas partes.

Todas las noches después de cenar, los adultos de la familia «se iban para arriba», lo que significaba que ponían rumbo al Nag's Head. En algún lugar de mi mente puedo verme sentado fuera en el alféizar de la ventana del pub, con una Coca-Cola y una bolsa de patatas fritas Smith, mirando el viejo piano a través del cristal. Allí hay reunida gente de toda clase y condición. Puedo oír a papá cantando y aporreando las teclas del piano, y siempre sé cuándo está tocando porque no para de desafinar. Todo el mundo está sentado en largos bancos de madera, y cuando se arma una bronca y alguien se levanta en un extremo, el banco se vuelca y todo el mundo acaba por el suelo con las piernas en alto o las bragas al aire. Era un lugar lleno de botellas y canciones, peleas, cerveza y rostros fabulosos, como salido de una novela de Dickens.

*El sol no se olvida de una aldea aunque ésta sea pequeña.*

PROVERBIO AFRICANO

Oía cómo se lo pasaban en grande mientras en mi cabeza se iban fraguando riffs de guitarra que utilizaría en el futuro, hasta que alguno de mis tíos o algún amigo del barrio se daba cuenta de que yo seguía en el alféizar y me llevaba a casa. A la mañana siguiente me enteraba de que, a la vuelta, mi padre había dado un tumbo con la bicicleta, se había estrellado contra la cerca de alguien y había acabado durmiendo en un pequeño plantel de judías. Aquello no era nada nuevo. Lo encontrábamos a menudo durmiendo sobre las hortalizas que teníamos plantadas, entre las berzas o las patatas. Cochinillas, arañas y otros bichos correteaban por encima de él, pero era algo que no parecía importarle demasiado. Tampoco le importaba si nevaba. Cuando tenía que tomar una decisión trascendente y crucial, fuera o no de índole privada, se limitaba a decir: «*Qué será será, whatever will be will be*».

Mi padre tenía una bicicleta, y me recuerdo de muy chico, con tres o cuatro años quizá, sentado en la barra de la bici mientras él pedaleaba completamente borracho. Incluso a esa edad yo sabía que tenía que manejar el manillar si queríamos llegar a casa. Todavía recuerdo la textura de su barba de pocos días, que frotaba contra mi cara en un gesto burlón y afectuoso mientras le daba a los pedales.

Cuando no estaba en las barcazas, mi padre trabajaba en los almacenes de madera que había junto al canal cargando maderos en los barcos. Me hizo una pequeña caña de pescar, con una cuerda y un anzuelo también hecho a mano. Luego enganchaba un gusano, y yo me sentaba felizmente en la orilla durante todo el día mientras él se afanaba trabajando al otro lado de la valla.

Los fines de semana siempre había fiesta. Cuando echaban a la gente del pub a las diez y media, mi padre gritaba: «¡Todos al número 8!». Los juerguistas agarraban tantas botellas de Guinness, rubia y negra, como se podían agenciar, ocupaban la casa y colocaban el piano entre la puerta principal y el salón. La gente siempre tenía que trepar por encima o arrastrarse por debajo para entrar y salir de la casa. Entonces empezaba la música.

Todos en la familia tocaban música. Hasta el mismísimo día de su muerte, mi padre nunca fue a ningún sitio sin su armónica en el bolsillo. Su hermana, la tía Ethel, había trabajado como pianista poniendo música

de acompañamiento a las películas mudas. Era una intérprete de gran soltura, con un talento excepcional. De hecho, todos en la familia tenían un piano, porque nunca se sabía con seguridad dónde podría seguir la fiesta cuando el pub cerrara.

Además de las Guinness, todo el mundo llevaba sus instrumentos, lo que quería decir que había peines con papel, mirlitones, acordeones y cucharas. Y no sólo estaba la familia en esas fiestas. Papá tenía una panda de colegas con nombres tan estrafalarios como Onions, Tatters, Dingle, Treacle, Patsy, Chalky, Benny, Knobby, Butcher y Bongo. Unos eran gitanos de las barcazas y otros refugiados de los hipódromos, pero todos eran músicos, todos se emborrachaban como cubas y todos estaban chiflados. Se presentaban para la juerga el sábado por la noche, y cuando yo bajaba para desayunar el domingo por la mañana, esos tipos seguían aún allí tirados por toda la casa. Tumbados sobre cualquier mueble y envueltos en una rancia nube de alcohol. Mi madre bajaba y gritaba: «¡Fuera de aquí, todo el mundo, fuera...!», y entonces todos empezaban a gemir para que Archie acudiera en su rescate. Él bajaba a duras penas, todavía medio dormido, y le suplicaba a mamá: «Anda, sé buena, son mis colegas». Ella seguía gritando que tenían que marcharse, y él le explicaba: «No pueden irse todavía porque el pub aún no ha abierto». La camelaba con dulces palabritas y ella acababa cediendo y preparando el desayuno para todos.

Por aquel entonces, el *News of the World* publicaba todos los domingos una canción en la página central del periódico, con las notas y la letra de temas como «Right in the Middle of the Road». Esa canción parecía tener un millón de versos y no acabarse nunca, y en cuanto empezaban a tocarla sabías que aquélla iba a ser una noche muy larga. El domingo por la mañana todos en la familia se pasaban un tiempo al piano con la última canción del *News of the World*, practicando para la próxima juerga musical. Papá preparaba temas tan fabulosos como «Yes We Have No Bananas» acompañado con «Get Off Me Barrow», y mientras se estaba aseando siempre decía: «¡Nunca empujes a la abuela mientras se está afeitando!».

Las fiestas solían ser los viernes y los sábados por la noche, pero si el domingo por la tarde conseguían recoger suficientes botellas vacías de Guinness, devolvían los cascos y con el dinero que conseguían compraban unas cuantas cervezas más para seguir la fiesta el domingo por la noche.

Mi padre no sólo tocaba el piano, sino que también tenía madera de

artista y showman. Solía cantar «Ragtime Cowboy Joe» simulando que montaba a caballo. En su tiempo libre, cuando no estaba dando el espectáculo en solitario, tocaba en una banda: una banda de veinticuatro armónicas formada con sus colegas de juerga. Se amontonaban todos en la trasera de una gran camioneta (excepto Archie, que se sentaba en la cabina junto al conductor) y salían de gira por los hipódromos de Inglaterra. A veces, cuando la camioneta pillaba un bache, perdían a alguno de los miembros sentado en la parte de atrás.

No sé si la banda tuvo nombre alguna vez, pero la «estruendorquesta» siempre tocaba junto al poste de llegada, y por allí andaba siempre el príncipe Monolulu. Era un buscavidas negro de la Guyana llamado Peter Mackay, que había fracasado como adivino, boxeador y presunto cantante de ópera antes de empezar a lucir amplios sombreros con plumas de avestruz y chalecos extravagantes. Se presentaba como miembro de la realeza etíope, vendía pronósticos al grito de «¡tengo un caballo!» y se convirtió en toda una institución de las carreras hípicas británicas durante los cuarenta y los cincuenta. Donde estaba el príncipe Monolulu estaba Archie con sus colegas de armónica. Todo el dinero que Archie y la banda conseguían pasando el sombrero se esfumaba en las apuestas del príncipe Monolulu o se gastaba en el camino de vuelta a casa desde Goodwood o Epsom. La camioneta no podía pasar por un pub sin hacer la parada de rigor. Años más tarde, Benny, el acordeonista, me contó que mi padre tenía la costumbre de saltar de la camioneta en cuanto paraban junto a un pub y, por alguna misteriosa razón, trepar directamente a un árbol. «Y allí tenías a tu padre, encaramado a un árbol.»

Los vecinos sabían siempre cuándo estaba abierto el Nag's Head porque veían pasar a mi padre camino del pub. Al verlo aparecer, los otros clientes decían: «Vamos a tener una buena noche, Archie ha llegado». Y los vecinos también sabían cuándo el Nag's Head cerraba, porque veían a mi padre pasar tambaleándose en la otra dirección.

Pero un día estalló la tragedia: a mi padre se le prohibió la entrada.

Por lo visto, el dueño del Nag's se enteró de que Archie también frecuentaba el Red Cow, que estaba un poco más abajo en High Street, y en un ataque de celos echó a mi padre del Nag's diciéndole que ya no era admitido allí. Archie protestó: «El Nag's nos pertenece. Los Wood y los Dyer (el apellido de soltera de mi madre) hemos pagado con creces el derecho a estar aquí». Pero el dueño no dio su brazo a torcer, la prohibición continuó en vigor y mi padre tuvo que ir a beber al Cow. Aquello

tampoco duró mucho, porque allí también se peleó con el dueño del local. No sé cuál fue el motivo de la disputa, pero no pasó mucho tiempo antes de que le prohibieran también la entrada en el otro pub. Por suerte, para entonces el dueño del Nag's ya había entrado en razón. Se dio cuenta de que el ambiente y las consumiciones habían caído en picado, de que Archie era un cliente demasiado bueno para dejarlo escapar y de que, en efecto, los Wood y los Dyer habían pagado con creces sus derechos de parroquianos. Así que el tabernero levantó la prohibición y además le ofreció a mi padre un trabajo como limpiabotellas. Eso significaba que Archie podía entrar en el pub antes de que éste abriera y salir después de que cerrara.

Al igual que el abuelo Fred, Archie también perdió una pierna hacia el final de su vida. Había cumplido ya los setenta cuando esto ocurrió, y vivió así ocho años más. Cuando le preguntó al doctor por qué tenían que cortarle la pierna, éste dijo: «La edad, señor Wood, la edad». Archie replicó: «¿Por qué? Esta pierna es igual de vieja que la otra». Al cabo de un día o dos de la operación, se incorporó en la cama, olvidándose de que ya no tenía ambas piernas y cayó sobre la cama de al lado. Aterrizó justo encima del tipo que estaba allí tendido. Los dos hombres se miraron durante un rato hasta que Archie preguntó: «¿Y cómo vamos a llamar al bebé?».

Todos los miembros de la familia y todos los amigos de Archie (que se contaban por centenares) fueron a visitar a mi padre al hospital, y él preguntaba a todo el que se presentaba por allí: «¿Qué tiene dos cabezas, cuatro brazos y tres piernas?». Cuando le contestaban que no lo sabían, él respondía: «El señor y la señora Wood».

Perder la pierna no hizo que Archie se amilanara, pues nada podía impedir que siguiera yendo al Nag's. Una vez, un amigo estaba ayudándolo a salir de casa en la silla de ruedas: no sé qué pasó, pero la silla se fue rodando hacia la calle, se estampó contra un coche que pasaba y mi padre salió despedido hasta el jardín de enfrente. Todo el mundo corrió asustado temiendo que le hubiera sucedido algo, pero su única preocupación era que, para entonces, el pub ya estaría abierto. Sólo cuando regresaba a casa tras el cierre del local empezaba a quejarse de sus dolores y molestias.

No comí demasiados filetes, excepto de rabada, hasta cumplidos los catorce años. No podíamos permitirnoslos, pero mamá siempre se las arreglaba para hacer un asado los domingos, lo que significaba que el lunes había carne con patatas y col fritas. Apenas podía encontrarse pavo,

así que en Navidad siempre había pollo. Comíamos muchos guisos, montones de berza y muchas verduras frescas que yo recogía del huerto cuando mi padre no estaba durmiendo allí. También comíamos mucha fruta. El aeropuerto de Heathrow estaba rodeado de campos a los que acudíamos para hacer acopio de manzanas, frambuesas y arándanos. Eran gratis, así que nunca faltaron durante mi infancia.

Hasta después de 1960 no tuvimos un televisor, pero Dinah y Ethel, las viejas solteronas que vivían en la casa de al lado, poseían un diminuto aparato de ocho pulgadas y yo solía pasarme por allí para ver la televisión. (Pensándolo ahora, no me cabe duda de que eran lesbianas.) Cuando tuvimos nuestro propio televisor, teníamos que estar mirándolo constantemente porque de lo contrario papá lo apagaba. La conversación solía ir así:

—¿Por qué has hecho eso?

—Porque no estabas mirando.

—Porque te estaba mirando a ti, papá, por eso.

—No estabas viendo la tele.

Y eso era todo. Creo que detrás de aquello se ocultaba el temor a desperdiciar la recién adquirida novedad conocida como energía eléctrica.

Entonces me iba a un pequeño cobertizo exterior de la cocina que llamábamos la «carbonera» y me ponía a hacer primitivos experimentos fotográficos con una cámara de agujero sin lente. Con una caja de zapatos, una lámina de papel de bromuro y una bombilla roja me construí un mundo al que podía escapar para acceder al reino de los grandes fotógrafos. Algunas fotografías eran bastante buenas. Me pregunto dónde estarán ahora.

Al poco tiempo ingresé en la escuela Ruislip Manor y empecé a jugar al baloncesto en la cercana base aérea estadounidense. Llevábamos uniformes de color azul claro y zapatillas deportivas Converse. Yo era el más bajo del equipo, pero me dejaban jugar porque podía correr y escabullirme bajo las piernas de los otros jugadores. Todos los miembros del equipo idolatrábamos a los Harlem Globetrotters, y siempre que venían a Wembley, Art y Ted me llevaban a verlos. Pensaba que eran unos auténticos magos, y no sólo por la forma en que jugaban al baloncesto, sino también por la música, ya que utilizaban de fondo musical el gran clásico del jazz «Sweet Georgia Brown».

En la escuela, Art corría carreras de vallas, así que me uní al equipo de atletismo y me dediqué a las carreras de fondo. Eran algo así como diez

o doce kilómetros y me encantaba correr, oyendo en mi cabeza retumbar los ritmos y riffs de guitarra, al igual que hacéis vosotros.

Mis dos hermanos iban a la escuela de arte Ealing. Por aquella época yo ya había empezado a ganar premios por mis dibujos. Después de St. Stephen, mi primera escuela, en St. Martin había pintado un mural de san Francisco con los animales, y el director, el señor Scholar, apreciaba mi talento. Otro profesor, el señor Reasey, saludaba a mi madre como la «madre del artista». Gané el trofeo artístico del colegio y quería hacer un curso superior de arte, pero en el mismo centro le dijeron a mi madre que yo estaba malgastando mi tiempo y mi talento en aquella escuela. Así que mi madre acudió a ver al director de Ealing. Éste le preguntó por qué su hijo menor quería ingresar allí, y ella respondió: «Porque mis otros dos hijos han estudiado aquí y quiero que Ronnie tenga la misma oportunidad». Así es como conseguí entrar. Nuestros padres nos daban siempre su apoyo de esa forma. Por muy loca que fuese la empresa en que nos embarcáramos o absurdo el peinado que nos hiciésemos, ellos siempre nos ofrecían su amor y su apoyo constante.



Ealing era la escuela idónea para mí porque, después de la música, pintar es lo que siempre he hecho, y lo hacía a todas horas. Aparte de la música, durante mis primeros años siempre estaba pintando, y enviaba mis obras al *Sketch Club* de la BBC. Era el primer programa dedicado al arte en televisión, y estaba presentado por un hombre llamado Adrian Hill. Los jueves, justo antes de la hora de cenar, se plantaba delante de un caballete con su bata blanca y hablaba sobre acuarelas y pinturas al óleo mientras enseñaba a los espectadores a pintar. Yo lo veía en nuestra diminuta tele en blanco y negro y, cuando pidió a los niños que enviaran sus dibujos, empecé a bombardearle con los míos. En aquella época yo tenía diez años, y él empezó a mostrar mis dibujos en la televisión. Unos años más tarde ganaría el gran premio del programa, con un dibujo del público de una sala de cine, vistos desde la gran pantalla, que reaccionaban impactados y aterrorizados ante una película de miedo. Gracias a aquel premio logré que mis dibujos formaran parte de una exposición, lo cual supuso mi presentación oficial en el mundo del arte. A veces pienso en ese dibujo como en la semilla de los dos mundos en los que he acabado. Plasmar a un público impactado, sobrecogido y fascinado en aquel pequeño dibujo era como fundir mis dos universos, el espectáculo y las artes plásticas, en uno solo, un precedente de mis trabajos diurno y nocturno.

Cuando me quedaba sin papel y tenía que esperar a que mi padre me trajera nuevas provisiones, pintaba sobre cualquier cosa que encontrara. Papá me decía: «Un caballo nunca caminaría así, fíjate bien». Hasta que Art trajo a casa un caballete, utilizaba una lámina de cartón piedra apoyada contra unos libros. Me encantaba dibujar caballos, y me inspiraba en los tempranos anuarios de Buffalo Bill. Después de la escuela, trabajé durante un tiempo como artista publicitario, al igual que Art y Ted.

También trabajé recogiendo patatas en los campos de un corpulento irlandés que me obligaba a presentarme a las siete de la mañana, con un frío que pelaba, y me gritaba: «Por Dios santo y la bendita Virgen María, recoge esas malditas patatas...». No duré mucho en aquel trabajo. Tampoco duré en un empleo como cortador de formica, que era algo espantoso porque con ese material se te cortan mucho las manos. Luego me hice recadero de una carnicería, y tenía que entregar la carne montado en bicicleta. Siempre era el último en llegar a la tienda, así que siempre me tocaba la peor bici. Tenía una enorme cesta en la parte delantera y siempre cargaba con más carne que nadie pese a ser el más pequeño. Cuando me caía de la bici y el contenido de la cesta se desparramaba por el suelo, me

pasaba un buen rato quitando la arena y las chinitas adheridas a los filetes para que la gente no se diera cuenta. Finalmente conseguí empleo como artista... o algo parecido. Trabajé para una agencia inmobiliaria pintando los carteles donde se leía EN VENTA, VENDIDO o SE ALQUILA.

Las actividades artísticas eran la parte más divertida de la escuela. Hacíamos *action paintings*, por ejemplo, conduciendo bicicletas sobre lienzos. La primera vez que lo hicimos todo el mundo se reía, pero cuando vi el resultado me dije: «Espera un momento... aquí está pasando algo». Me estaban explicando una nueva forma de expresión. A algunos de los chicos aquello parecía no importarles, salían de la escuela y se iban a casa, pero unos cuantos nos quedábamos con la recompensa de que se nos permitía fumar y rondar por allí, además de ser los que buscábamos realmente aprender cosas. Estudiábamos técnica, color, textura y dibujo lineal, y eso me llevó a leer libros sobre artistas, cosa que me permitió descubrir a Picasso y Braque. Fue una etapa muy excitante. Comenzaban los años sesenta y las cosas estaban cambiando muy deprisa.

Pero algunas tradiciones no iban a cambiar en el número 8 de Whithorn por mucho que estuviéramos en los años sesenta. Recuerdo cómo me iba armando de valor para dirigirle la palabra a mi primera novia, Linda, pasando constantemente con la bicicleta por delante de su casa hasta que un día en que ella salía casi la atropello. Luego recuerdo cómo me corrí en los calzoncillos bajo la oscuridad de una noche glacial estando con Taffy, una belleza galesa. En una ocasión mis padres dejaron que una de mis novias se quedara a pasar la noche en casa. Naturalmente, dieron por sentado que yo me acostaría en la otra habitación, pero en cuanto se fueron a dormir yo me metí a hurtadillas en su cuarto y pronto estuvimos durmiendo uno en brazos del otro. A la mañana siguiente, cuando mi padre fue a despertarla, yo aún seguía allí y los tres nos quedamos totalmente conmocionados. Nos miró durante lo que pareció una eternidad antes de decir por fin: «Supongo que entonces serán dos tazas de té...».

Más tarde esa mañana, mi padre me llevó aparte y me habló en tono muy serio:

—Quiero que sepas que tus hermanos nunca han hecho algo así —dijo sacudiendo la cabeza para mostrar su desaprobación—. ¿Dónde te crees que estás, en el yate de tu padre?

Después descubriría que mis hermanos habían hecho algo así en más de una ocasión.

Años más tarde, cuando compré una casa en Irlanda, rediseñé uno de

los edificios para que pareciera un pub a la vieja usanza. En el letrero que cuelga sobre la puerta aparece Archie en uniforme naval con el nombre del pub en grandes letras: YER FATHER'S YACHT [el yate de tu padre]. Mi cuñado Paul se encargó de pintarlo mientras yo estrenaba la barra. En el dorso del letrero puede leerse: «Proveedores de los mejores vinos, cervezas y licores sin pedir nada a cambio».

Cuando alguno de nosotros conseguía algo de dinero (como el que yo obtuve recogiendo patatas o el que Art y Ted cobraban por sus pequeñas actuaciones) le dábamos la mitad a mamá. Papá traía su salario, entregaba religiosamente a mamá el dinero para los gastos de la casa y, luego, también religiosamente, se gastaba lo que le quedara en el pub. Si me lo llegaban a decir entonces, nunca habría creído que un día decoraría mi propio pub al estilo de aquella época, o que el alcohol que había entre sus paredes desempeñaría un papel tan turbio a lo largo de mi vida.

La sala de atrás del número 8 de Whitethorn podría haber servido de comedor si no hubiese estado llena, desde el suelo hasta el techo, de discos e instrumentos. Era nuestra sala de música, y allí organizaban mis hermanos ruidosas fiestas con sus amigos beatniks de la escuela de arte. Mi tío Fred quitó unos cuantos ladrillos en el tabique que separaba la cocina de la sala para abrir un ventanuco a través de la cual mi madre llenaba las tazas de té o café sin necesidad de molestar a nadie. Aquello era como un bar clandestino.

Me encantaba estar en las fiestas de mis hermanos, y no podía apartar los ojos de las chicas que iban a ellas. Llevaban vestidos de brillantes colores rojos, amarillos y verdes, con muchos brazaletes, y todas ellas lucían largos pendientes. Viv era una diosa egipcia, Helen una joven Audrey Hepburn y Jackie una Kim Novak de boca insinuante. Maria, Doreen y Julie son sólo algunas de las otras chicas que veo tendidas con aire decadente sobre el sofá. Eran soberbias, bohemias, realmente hermosas, y yo me enamoré de todas y cada una de ellas. Por desgracia, ellas tenían diecisiete o dieciocho años y yo sólo siete u ocho, y aún llevaba pantalones cortos de franela.

En aquellos días todo el mundo tocaba skiffle, pero también había *jam sessions* de R&B y jazz tradicional interpretadas por tipos que llevaban pantalones pitillo y gafas oscuras. Yo quería desesperadamente alternar con ellos, formar parte de la panda, pero Art y Ted tenían que librarse

de mí porque a nadie le apetecía darse el lote conmigo allí mirando. Así que Art o Ted me daban unas monedas y me decían: «Ronnie, acércate a la tienda y tráenos una tableta de chocolate y una botella de limonada». Las tiendas estaban al final de la calle, no demasiado lejos, pero lo suficiente para darles diez o quince minutos de privacidad. Pero yo les decía: «Muy bien, ¡cronometradme y veréis lo rápido que vuelvo!». No quería perderme nada de lo que pasaba allí dentro. Art me rogaba que me lo tomase con calma, y Ted me aseguraba que no había necesidad de que fuera y volviera en un tiempo récord, pero yo no entendía a qué se referían, y salía corriendo como un atleta olímpico. Y, antes de que pudieran ponerse en faena, estaba de vuelta en la sala de música con la limonada y el chocolate, muy orgulloso de mí mismo al cabo de sólo cuatro minutos.

La música, el arte, el teatro, el humor y las chicas eran lo que convertiría la vida de mis hermanos en algo tan atractivo para mí. Eso era lo que yo quería hacer, y además a lo grande, así que puse todo mi empeño en aprender a tocar todos los instrumentos que los amigos de mis hermanos llevaban a las fiestas. Había clarinetes, cornetas, banjos, guitarras, saxofones, trompetas, peines con papel, mirlitones, armónicas, una batería casera hecha con bloques de madera china y una tabla de lavar, que se convirtió en mi primer instrumento. Aprendí a tocarla tan bien que en 1957 Ted me llevó con él cuando su banda, el Candy Bison Skiffle Group, actuó en el cine Marlborough de Yiewsley. El skiffle era otra importación musical de Estados Unidos. En los primeros años del siglo xx, los músicos negros del Sur se hacían con todos los instrumentos normales que podían conseguir y, como no podían permitirse otra cosa, el resto de la banda tenía que tocar instrumentos caseros como chicharras, cucharas, cacerolas, sartenes, jarras de cristal, bajos hechos con cajas de cartón... Al principio todos tocábamos skiffle, incluso los Beatles.

Pensé que aquella noche tendría oportunidad de tocar porque ahora formaba parte de la panda. Y dio la casualidad de que quien tocaba la tabla en la banda de Ted se puso enfermo ese día, y no se puede tocar skiffle sin una tabla de lavar. Ésa fue mi primera actuación en vivo. Tenía nueve años. Nosotros tocábamos en el intermedio, entre dos películas de Tommy Steele. Estaba muy nervioso mientras salía al escenario, pero una vez que me planté allí y empecé a rasguear mi tabla, una vez que comprobé el intimidante y excitante potencial de enfrentarse al público, supe que aquél era un buen trabajo.

La verdadera pasión de Ted era el R&B, mientras que la de Ted era el

jazz tradicional, así que crecí escuchando a los Jug Stompers de Gus Cannon, a Paul Whiteman, Leadbelly, Bix Beiderbecke, Sidney Bechet, Django Reinhardt, Louis Armstrong y Chuck Berry (a quien más adelante llegaría a conocer como uno de los mayores chiflados sobre la faz de la Tierra). Era una maravillosa mezcla de influencias.

Fue Art quien me compró mi primer tocadiscos, un Dansette gris y granate. Era tecnología de lo más moderna, con un brazo de vaivén que permitía apilar varios discos y hacer que fueran sonando automáticamente, uno detrás de otro. Lo malo es que, con más frecuencia de lo normal, muchas veces caían dos o tres discos a la vez. Pero en el Dansette se podían poner discos de 45, 33 y 78 rpm, a los que mi madre llamaba siempre los 79 rpm. Aquel Dansette me permitió acceder a todo un universo de sonidos. Art me compró mis primeros discos, entre ellos el de Jerry Lee Lewis cantando «Great Balls of Fire», y el primero que yo me compré fue el de Big Joe Williams con Count Basie. La primera vez que escuché a Elvis fue cuando el primo Dougie vino a casa y puso «Hound Dog» y «Blue Suede Shoes». También en aquel Dansette escuché una de las primeras canciones con final gradual: «I'm Walking», de Fats Domino. El disco lo traje a casa mi primo Rex, que murió trágicamente unas semanas después a la edad de dieciocho años cuando estalló uno de los tanques de oxígeno de la fábrica donde trabajaba. Las condiciones sanitarias y de seguridad en el trabajo eran por aquel entonces muy deficientes.

Según la leyenda, Fats escribió la canción después de que su coche se averiara y un fan le gritase por la calle: «¡Por ahí va Fats, y está caminando!». Fats pensó para sus adentros: pues es verdad, estoy caminando, y escribió la canción. El caso es que aquel tema no acababa como las canciones que habíamos escuchado hasta entonces, sino que el sonido iba disminuyendo gradualmente hasta desaparecer. Todavía puedo ver a mi madre y a Rex inclinándose sobre el Dansette, con las cabezas muy cerca del altavoz incorporado en la parte frontal, preguntándose adónde se había ido la música. Y todavía puedo oír a mamá diciéndole a Rex: «Quita ese disco y pon otro que acabe como Dios manda».

No descubrimos a Fats hasta que en 1955 Art fue llamado para cumplir el servicio militar. Fue justo después del período de instrucción, cuando lo destinaron a Devizes. Yo pensaba que habían enviado a mi hermano mayor a algún país extranjero, aunque en realidad la base estaba en Wiltshire, no muy lejos de Stonehenge. Pero para mí era como si lo hubieran enviado a la otra punta del planeta, porque la casa ahora parecía mucho

más vacía. En el ejército Art formó un grupo de skiffle llamado los Blue Cats, y fue entonces cuando escuchó a Fats por primera vez en la gramola de la cantina y decidió que quería cantar como él.

Unos treinta años más tarde, cuando conocí a Fats y me estaba enseñando su casa en Nueva Orleans, descubrí que en su dormitorio tenía exactamente el mismo Dansette granate y gris.

En la calle principal de Yiewsley había una tienda de música llamada Franklin's, en la que Ted tenía una cuenta, gracias a la cual podía comprarse todos sus discos de jazz. Cuando Art llegó del ejército sin blanca, escogía los discos que quería y se los apuntaba a la cuenta de Ted. Y cinco minutos después yo los estaba pinchando.

Todo el mundo tenía muy claro el gran interés que yo mostraba por la música desde muy corta edad, y lo muy ansioso que estaba por aprender los acordes. Dos amigos de mis hermanos, Lawrence Sheaff y Jim Willis, se percataron de ello y tuvieron la amabilidad de trazar en un trozo de papel una serie de líneas y trastes, dibujando pequeños puntitos sobre las líneas para indicarme cómo debía colocar los dedos sobre las cuerdas de una guitarra. Siempre llevaba aquel trozo de papel conmigo, y con el tiempo mi hijo Jesse también aprendería a tocar siguiendo ese método. Me dejaban practicar con sus guitarras, hasta que Art me dio una para poder ensayar. Pensé que me la había regalado sin saber que en realidad pertenecía a su colega Peter Hayes, que vivía calle abajo. Nadie me dijo que Peter tan sólo se la había prestado a Art. Y, cuando empezaba a acostumbrarme a ella, mi hermano me dijo que lo sentía, pero que tenía que devolverla. Art y Ted debieron de verme tan deshecho que juntaron dinero para comprarme una guitarra. Era una acústica preciosa, una bendición del cielo, aunque el mástil sobresalía un poco por encima de mi cuello y los dedos me dolían mucho al tocarla. Pero mis manos estaban dispuestas a lidiar con las ampollas y los calambres, y no iba a permitir que el dolor me impidiera llegar a conocer lo mejor posible a mi nuevo portavoz. Art me la entregó diciendo: «Ésta no se la va a llevar nadie. Ésta es tuya».

*No hay ningún misterio. Sólo tienes que pulsar las notas adecuadas en el momento justo y el instrumento toca solo.*

JOHANN SEBASTIAN BACH

Por aquel entonces, me fijaba sobre todo en Lawrence Sheaff, el amigo de Art y Ted, porque su estilo era alucinante. Yo quería tocar así, quería

sonar así. Intentó enseñarme «Guitar Shuffle». Digo que lo intentó, porque, aunque le vi tocar un millón de veces, todavía hoy sigo tratando de averiguar cómo podía tocar así. Lawrence había nacido sabiendo tocar la guitarra —de seis, de doce cuerdas, no importaba—, y, como solía decir mi padre: «Puede hacer que ese banjo hable». Ahora sé, después de todos estos años tocando junto a los mejores músicos del mundo, que él era también uno de los grandes, aunque estoy seguro de que nunca se percató de lo buenísimo que era.

Fue Lawrence quien me introdujo en el sonido de Big Bill Broonzy, que sigue siendo una gran influencia para mí. Sé que también lo es para Keith, así como para Clapton y para cualquier otro de los grandes guitarristas de rock de mi generación. Big Bill fue uno de los músicos más importantes, que ayudó a crear el primitivo sonido Chicago, aunque había nacido en Mississippi en 1893 y creció tocando el violín. Pero lo cambió por la guitarra en cuanto pudo hacerse con una, y para la década de los treinta ya estaba en lo más alto tocando con los grandes nombres de la época, como Memphis Slim, Washboard Sam, Sonny Boy Williamson, Tampa Red y Blind Willie McTell.

Seguí tocando la guitarra que me compraron Art y Ted hasta los trece o catorce años. Pero, después de hacer algunos trabajillos, empecé a ahorrar algo de dinero. Fui a la tienda de música de Franklin's y me compré una guitarra nueva mediante el sistema que solíamos llamar «de nunca acabar»: unos plazos tan pequeños y con intereses tan altos que nunca acababas de pagar. Mis padres firmaron por mí y religiosamente pagué a Franklin's dos con seis peniques semanales durante los siguientes no sé cuántos años. La guitarra costaba veinticinco libras, que era toda una fortuna para la época.

Hace unos cuarenta años que ninguno de nosotros vive en el número 8, y en la actualidad hay un pequeño porche construido en la parte de delante. El hombre que vive allí ahora le contó al primo Beryl que todo el mundo sigue refiriéndose al edificio como «la casa de los Wood». Un día, al cavar en el patio trasero, desenterró unas mil setecientas botellas de Guinness. Admito haber usado un centenar para construir hogares para mis galápagos, pero las demás debo adjudicárselas a mi padre.

Mi madre sabía juzgar muy bien a la gente. Recuerdo que una vez les pidió educadamente a unos policías que salieran de la casa después de haber conseguido mi autógrafo. Se volvió hacia mí y me dijo: «Sé cuándo alguien no me cae bien, porque me duelen los pies». Justo antes de

morir, antes de tomarse su último sorbo de Jameson's, mi madre me contó que la casa del número 8 de la avenida Whitethorne tenía una gran grieta que la atravesaba justo por en medio. Me dijo que aquella grieta se había abierto cuando la casa dio un gran suspiro de alivio al enterarse de que la familia Wood finalmente dejaba el lugar. Pero yo no lo creo así. Puede que fuera una casa diminuta, pero era una casa alegre y llena de vida, y sé que la grieta no era más que una gran sonrisa por todas las fiestas vividas allí.

